

LA EUCARISTÍA EN LA VIDA CONSAGRADA

Una lectura a partir del camino de Emaús

Los discípulos que caminan con Jesús
y le reconocen en la fracción del pan

GABRIEL JAIME MOLINA VÉLEZ*

Resumen:

A partir de las preguntas: ¿Qué otorga la eucaristía a la vida del consagrado? ¿qué debe significar para el religioso, con relación al fiel laico, la celebración de la eucaristía? se establece un estrecho vínculo entre eucaristía y vida consagrada, destacando la lectura del texto evangélico de Lucas 24, 13-35, como el modelo de una comunidad de consagrados que, descubriendo a Jesús después de un proceso inicial, alcanza una intimidad sacramental y litúrgica en la fracción del pan, la cual es fortalecida y adquiere una madurez para identificar y actualizar su misión. Se concluye que, por la eucaristía, el consagrado y aun todo cristiano, entra en un lenguaje de cristificación, de deificación y de unidad.

Palabras Clave: Liturgia - Vida Consagrada – Evangelio de Lucas – Eucaristía.

Abstract:

A strong link could be established between the Eucharist and the Consacrated Life if one tries to answer the following questions: Which is the gift of the Eucharist to vowed religious persons?

* Presbítero de la Arquidiócesis de Medellín (Colombia), Teólogo de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín-Colombia), Licenciado y Doctor en Sagrada Liturgia del Pontificio Instituto Litúrgico (Roma-Italia), Decano de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la Universidad Pontificia Bolivariana.

Artículo recibido el 27 de mayo de 2005 y aprobado por el Consejo Editorial el 01 de julio de 2005.

Dirección del autor: gmolina@upb.edu.co

Compared to the faithful lay people, what does it mean for the vowed religious persons? Some answers can be obtained through the study of Luke 24, 13-35, if we consider this narrative as the model of a community of vowed persons who discovered Jesus following a certain process. This community reaches then a sacramental and liturgical intimacy in the fraction of the Bread. This intimacy is strengthened and matured in order to better identify and perform the community's mission. The author ends his essay stating that through the Eucharist, the consecrated persons, and even every Christian, enters into a christifying, deifying and unifying language.

Key Words: Liturgy – Consecrated Life – The Gospel according to Luke – Eucharist.

INTRODUCCIÓN

Con la Carta apostólica *Mane nobiscum Domine*¹, el gran Papa Juan Pablo II convocó la Iglesia a celebrar el *año de la eucaristía* (octubre de 2004 - octubre de 2005). A lo largo de los treinta y un numerales de la carta apostólica, el Santo Padre expone lo que espera de este año:

- No pide hacer actividades extraordinarias, sino que todas las iniciativas se orienten a una mayor interioridad del misterio eucarístico.
- Espera conseguir como resultado significativo avivar en todas las comunidades cristianas *la celebración de la Misa dominical* e incrementar *la adoración eucarística fuera de la Misa*.
- Que la eucaristía sea acogida no solamente en los aspectos de la celebración, sino también como proyecto de vida, como fundamento de una auténtica *espiritualidad eucarística*.
- Este año especial deberá ayudarnos a encontrar a Jesús en la eucaristía y a vivir de Él.

Si bien la celebración del año de la eucaristía, es una invitación para toda la Iglesia, en la vida del consagrado la vivencia de este sacramento reviste vital importancia en cuanto fuente que alimenta su ser y quehacer. El mismo Papa Juan Pablo II afirmaba en la exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata*:

¹ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Mane nobiscum Domine* [MND] del 7 de octubre de 2004.

Quien ha sido llamado a elegir a Cristo como único sentido de su vida en la profesión de los consejos evangélicos, ¿Cómo podría no desear instaurar con Él una comunión cada vez más íntima mediante la participación diaria en el Sacramento que lo hace presente, en el sacrificio que actualiza su entrega de amor en el Gólgota, en el banquete que alimenta y sostiene al Pueblo de Dios peregrino?².

Partiendo pues del estrecho vínculo eucaristía y vida consagrada³, estas notas pretenden destacar esta relación a partir de la lectura del texto evangélico de Lucas 24, 13-35 como el modelo de una comunidad de consagrados que, descubriendo a Jesús después de un proceso inicial, alcanza una intimidad sacramental y litúrgica en la fracción del pan y es fortalecida, adquiriendo una madurez para identificar y actualizar su misión⁴.

Entre las diversas perspectivas del texto, se propone aquí igualmente una lectura de *Emaús* capaz de mostrar elementos particulares a la vida religiosa⁵: la propuesta consiste en leer el texto como itinerario que se alimentan de la experiencia y de la celebración. Un trayecto en el cual el discípulo, como novicio que vive un tiempo de

² JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica postsinodal *Vita consecrata* [VC], del 25 de marzo de 1996, n. 95.

³ Cf. VC n. 95 y CONGREGACIÓN PARA LOS INSTITUTOS DE VIDA CONSAGRADA Y LAS SOCIEDADES DE VIDA APOSTÓLICA, Instrucción *Caminar desde Cristo: un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio* [CdC], del 19 de mayo de 2002, n. 26.

⁴ El relato de Emaús pudo originariamente formar parte de una serie de relatos en los que Cristo se aparece en la persona de los predicadores itinerantes. Posteriormente el texto lucano parece haber sido influido por la liturgia eucarística (Cf. STUHLMUELLER C., «Evangelio según San Lucas», en *Comentario Bíblico San Jerónimo* III, Madrid 1972, 417).

⁵ En junio de 2000, la XIV Asamblea General de la Conferencia Latinoamericana de Religiosos, reunida en Venezuela, impulsó un trabajo reflexivo-contemplativo bajo el lema *Por el Camino de Emaús*, en el que se proponía una tarea para toda la vida religiosa de Latinoamérica y el Caribe. La iniciativa suscitó en los religiosos diversas reflexiones, las cuales se ven reflejadas en las publicaciones de las revistas de las distintas Conferencias de Religiosos, véase v. gr. ARNOLD S. P., «Desandar camino: emaus y la formación de los jóvenes», en *Revista CLAR* 218 (ene-feb 2001) 31-38; BUCKER B., «Emaús: un camino pedagógico de conversión», en *Revista CLAR* 218 (ene-feb 2001) 16-20; CUARTAS G.I., «El camino de Emaús una propuesta para el encuentro, el retorno y la transformación», en *Vinculum* 2005 (oct-dic 2001) 29-53; DE PRADO SÁNCHEZ C., «Se les abrieron los ojos», en *Revista CLAR* 218 (ene-feb 2001) 12-15; IRIARTE G., «Los discípulos de Emaús: ¿Eran realmente dos hombres?», en *Enfoque* 115 (jul-dic 2001) 16-18; KRAFT T., «Tres lecturas del pasaje del camino a Emaús desde el papel de formador y formadora de religiosos y religiosas», en *Revista CLAR* 223 (n.v.-dic 2001) 58-61; MADERA VARGAS I., «La tarde está cayendo: ¡Invitémoslo a quedarse!», en *Revista CLAR* 221 (jul-ago 2001) 29-36; NAVIA VELASCO C., «La vida religiosa colombiana en el camino de Emaús», en *Vinculum* 2005 (oct-dic 2001), 7-27; ORELLA CARHUANCHO E., «El camino de Emaús, hermenéutica desde los jóvenes», en *Revista CLAR* 220 (may-jun 2001) 48-51; VILLEGAS B., «Los discípulos de Emaús, una propuesta abierta a la esperanza», en *Vinculum* 2005 (oct-dic 2001) 53-65.

experiencia⁶, es fortalecido en la liturgia, no solo para celebrar, sino también para asumir como punto nuclear y a su vez como lugar de partida una consagración con la cual se quiere conocer la voluntad del Señor y asumir los compromisos definitivos. Emaús, en un contexto de vida consagrada, se convierte en la imagen de quienes después de haber compartido una formación inicial se consagran definitivamente al servicio de Dios y de los convocados.

La reflexión se divide en tres momentos: inicia con una descripción breve de la vida consagrada a partir de la enseñanza del Concilio Vaticano II⁷ y la vivencia de la celebración eucarística; en un segundo momento, a través del relato evangélico de Lc 24, 13-35, se hace una lectura descriptiva para iluminar el itinerario eucarístico de una comunidad de consagrados, varones y mujeres llamados a vivir de la eucaristía, lugar privilegiado para el encuentro con el Señor; espacio donde él se hace nuevamente presente en medio de sus discípulos, les explica las Escrituras, hace arder el corazón e ilumina la mente, abre los ojos y se hace reconocer. Para terminar en un tercer momento con unas breves consideraciones que acrecienten los vínculos entre la eucaristía y la vida del consagrado.

Leyendo pues, el texto de los peregrinos del evangelio de Lucas, esta reflexión contiene implícita una pregunta: ¿Qué otorga la eucaristía a la vida del consagrado?

I. LA VIDA CONSAGRADA Y LA VIVENCIA DE LA EUCARISTIA

La consagración es un concepto religioso: indica la ofrenda de personas, cosas y lugares a la divinidad, en el doble aspecto de separación de los usos profanos y dedicación a una función sagrada. Toda consagración está en relación con la soberanía de Dios y el culto espiritual que se le debe a Él como Creador y Señor: Se consagran tanto las personas, las cosas y los lugares para tributarle gloria y alabanza⁸.

Se reserva el término *consagración* a la ofrenda de sí mismo a Dios; tiene como características, la totalidad y la perpetuidad; como garantía la intervención de la Iglesia y como fundamento, los sacramentos del bautismo y de la confirmación⁹.

⁶ Cf. RITUAL DE LA PROFESIÓN RELIGIOSA, del 2 de febrero de 1970, *Introducción a la profesión religiosa* n. 4, en *Pontifical y Ritual Romanos reformados según los decretos del Concilio Vaticano II y promulgados por su Santidad Pablo VI* [PRR] versión preparada por el departamento de Liturgia del CELAM, 1978, 276.

⁷ Cf. CdC n. 26.

⁸ Cf. CASTELLAN. J., «Consagración», en ANCILLI E. (ed) *Diccionario de Espiritualidad*, Barcelona 1983, 458-460.

⁹ Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. principios y orientaciones*, Ciudad del Vaticano. 2002, n. 204.

Si por el bautismo, todos son consagrados a Dios por el agua y el Espíritu, la Iglesia acepta, por la profesión religiosa de los consejos evangélicos, una total consagración al servicio de Dios y una ofrenda de sí mismo a su majestad¹⁰. El Concilio Vaticano II afianza el sentido de consagración afirmando la vida religiosa como una consagración en relación con el bautismo, pero con una profundización y una plenitud del mismo¹¹. Y en el decreto *Perfectae Caritatis*, el mismo Concilio, presenta la vida religiosa como signo preclaro del reino de los cielos¹².

La Madre Iglesia ha tenido siempre en gran aprecio la vida religiosa, la cual, guiada por el Espíritu Santo, ha revestido formas variadas en el curso de los siglos, la ha elevado a la dignidad de estado canónico, ha aprobado numerosas familias religiosas y ha creado leyes prudentes para resguardarla¹³.

Es decir, la vida religiosa tiene en sí misma sentido semiológico, el contenido de su significación es el reino de los cielos. La consagración religiosa se enraza íntimamente en la consagración bautismal y la expresa más plenamente¹⁴; interpela la vida misma y exige una respuesta responsable.

La persona cuando emite los votos religiosos en la Iglesia, se compromete desde el evangelio, con suma eficacia y ardor, a vivir hasta lo más íntimo *una castidad sin mancha, una pobreza alegre, una obediencia generosa*¹⁵. Se lleva a cabo un voto de compromiso hecho a Dios convirtiéndose en ofrenda de sí mismo a Él, en completa dedicación a su servicio. La Iglesia recibe los votos de quienes profesan con la oración pública, imploran para ellos los auxilios y la gracia de Dios, intercede por ellos y les imparte una bendición espiritual, asociando su oblación a la del sacrificio eucarístico¹⁶. La vida consagrada no constituye sólo una situación jurídica en la Iglesia, es un estado de dedicación al Señor por medio de una acción litúrgica. Por esto se afirma que la liturgia es el ámbito singular de consagración.

La acción del Espíritu se da sobre las personas y las cosas: en los dones ofrecidos en la eucaristía, luego de pronunciar las palabras -denominadas tradicionalmente palabras de la consagración, las cuales operan la transustanciación, el pan y el vino se convierten sacramentalmente en el Cuerpo dado y en la Sangre vertida de Cristo.

¹⁰ Cf. SANTO TOMÁS, ST II-II, 186, 1c.

¹¹ CONCILIO VATICANO. II, Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia [LG], del 21 de noviembre de 1964, nn. 44-45.

¹² CONCILIO VATICANO. II, Decreto *Perfectae caritatis*, sobre la adecuada renovación de la vida religiosa [PC], del 28 de octubre de 1965, n. 1.

¹³ Cf. PRR 275.

¹⁴ Cf. PC n. 5.

¹⁵ Cf. *Bendición o consagración del profesado* en PRR 300.

Las personas vienen consagradas por la participación en la eucaristía. Todo por obra y fruto del Espíritu (santifica-transforma): se puede afirmar que hay eucaristía por la invocación del Espíritu (*epiclesis*) y por la acción memorial celebrada (*anámnesis*).

Si bien todo fiel cristiano está invitado a participar de la eucaristía dominicalmente e inclusive cotidianamente, en la vida consagrada, el sacramento se hace norma y privilegio para ser celebrado con frecuencia.

Cayendo quizás en anacronismos conceptuales, rompiendo los esquemas de cronología, temporalidad y concordancia sacramental, se puede hacer ahora una lectura espontánea del texto de los peregrinos de Emaús acentuando los elementos eucarísticos, entremezclándolos con una comunidad de vida, quizás de consagrados que aprenden a leer los signos sacramentales: dedicados al Señor, caminan, se interpelan, escuchan, reciben y comparten el pan del Señor para entenderse a sí mismos y salir al encuentro de todos. Se intuye, pues en la lectura de Emaús una relación que ha despertado el interés por hacer una lectura de la Eucaristía con relación a la vida del consagrado.

2. EL RELATO DE EMAÚS Y LA VIVENCIA DE LA EUCARISTIA

En la narración de Emaús Cristo mismo interviene en medio de una pequeña comunidad de dos para enseñar y conducir al misterio de su persona¹⁷. Las palabras del maestro hace arder los corazones de los discípulos, y los saca a ellos de la oscuridad, suscitan, a su vez, un deseo y una petición: *Quédate con nosotros, Señor*.

En el relato se identifican claramente cinco momentos: introducción (vv 13-14); Jesús se une al grupo (vv 15-16); diálogo (vv 17-27); Jesús y los discípulos a la mesa (vv 28-32) y retorno a Jerusalén y encuentro con los Once (vv 33-35):

13ª Aquel mismo día: el relato hace referencia al primer día de la semana, domingo¹⁸. Lo acontecido en aquella jornada sucede dentro del gran día de la Resurrección y antes de la Ascensión.

El domingo es para el creyente la fiesta primordial, el día de la resurrección de Cristo¹⁹, día en el cual Él se hace experimentable de un modo especial, como a los

¹⁶ Cf. LG n. 45 y PRR 275.

¹⁷ Cf. BIBLIA DE JERUSALÉN, *nueva edición revisada y aumentada*, Desclee de Brouwer, Bilbao 1998; KARRIS R., «Evangelio según San Lucas», en BROS R.-FITZMYER J.-MURPHY R. (eds) *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, Navarra 2004, 2000-2001.

¹⁸ Cf. Lc 24, 1.

¹⁹ Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA n. 1166

cristianos de las comunidades apostólicas, a quienes se les aparecía sobre todo el primer día de la semana²⁰:

La Iglesia, por una tradición apostólica, que trae su origen del mismo día de la Resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón «día del Señor» o domingo. En este día los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la palabra de Dios y participando en la eucaristía, recuerden la Pasión, la Resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios, que los «hizo renacer a la viva esperanza por la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos» (I Pe., 1,3). Por esto el domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles, de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo. No se le antepongan otras solemnidades, a no ser que sean de veras de suma importancia, puesto que el domingo es el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico²¹.

Todo lo demás: reunión, eucaristía, descanso, alegría, viene de aquí, de la jornada que se convierte cada ocho días, en sacramento de la Pascua. Por eso es el día principal para todos los cristianos, y lo debe ser mucho más para los religiosos, en la propia vivencia y en la enseñanza religiosa dada a los demás. Un día centrado en Cristo resucitado, dando sentido a la existencia y llena de alegría.

A partir del día de Pascua, el primer día de la semana, octavo día, el tiempo celebrado trae siempre algo nuevo y distinto para los cristianos. Afirma la Plegaria Eucarística II:

Acuérdate, Señor de tu Iglesia extendida por toda la tierra [es lo que se dice cada día, pero el domingo se añade:] y reunida aquí en el domingo, día en que Cristo ha vencido a la muerte y nos ha hecho partícipes de su vida inmortal²².

Y en uno de los prefacios dominicales se da gracias a Dios precisamente porque ha querido conceder como regalo semanal *el día del Señor*:

Porque nos has convocado en este día de fiesta. Hoy tu familia, reunida en la escucha de tu palabra y en la comunión del pan único y partido celebra el memorial del Señor resucitado, mientras espera el domingo sin ocaso en el que la humanidad entera entrará en tu descanso²³.

²⁰ Cf. Mt 28,1; Mc 16,2; Lc 24,1; Jn 20,1; Hch 20,7.

²¹ CONCILIO VATICANO. II, Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la Sagrada Liturgia [SC], del 4 de diciembre de 1963, n. 106.

²² *Plegaria Eucarística II*, en MISSALE ROMANUM, Ed. typica tertia, Typis Vaticanis 2002 [MR].

²³ *Prefacio dominical*, en MR.

Estos textos de oraciones centran el domingo en la Pascua del Señor. No es tanto el día que le dedicamos a Él, sino el que Él nos dedica y regala a nosotros. Lo sucedido aquel mismo día, el primero de la semana, vendrá a transformar la vida de los creyentes y experimentarán una nueva realidad de vida.

13b iban dos de ellos: dos son una parte de la comunidad; un camino no se hace en soledad. La experiencia de fe se vive y comparte con otros, aun cuando en ocasiones la esperanza es puesta a prueba.

Según el contexto, se está narrando lo acontecido a dos miembros de la comunidad identificados como discípulos de un maestro.

Los evangelios describen la vida de los apóstoles y discípulos transcurridos en comunidad y están habituados a marchar de dos en dos²⁴.

13c (iban) a un pueblo llamado Emaús, que distaba sesenta estadios de Jerusalén: la localización geográfica de Emaús es ciertamente aún discutida entre los estudiosos del mundo bíblico²⁵, pero independiente de este problema, el lugar se convierte en un sitio que evoca diversas posibilidades.

¿Por qué irán los discípulos a Emaús? ¿van de regreso a su casa? ¿regresan al sitio que un día habían abandonado por trasladarse a Jerusalén? ¿no será acaso ya una pequeña fundación en donde se vivía en común y fraternidad, y juntos buscaban entender la obra de aquel que los había llamado y le habían consagrado toda su vida?

¿Qué puede ser Emaús?

- Emaús puede ser el lugar donde una comunidad, sin claridad en su misión, se aventura y descubre al Señor. Puede ser el espacio del encuentro para estar con quien les da sentido a sus vidas.
- Emaús puede ser el sitio donde un grupo de discípulos vive la experiencia pascual, si bien el evangelio menciona otros lugares: el huerto, el cenáculo, la orilla del lago de Tiberíades²⁶.
- Emaús puede ser el destino de una comunidad peregrina la cual se reúne, se pone en camino, en búsqueda de la verdad.
- Emaús puede ser la esfera donde se encuentra la vida y se anunciará lo verdadero.

²⁴ Cf. Mc 6, 7; Mt 10, 1, 9-14; Lc 9, 1-6.

²⁵ Cf. N. RTH R.-KING P., «Arqueología Bíblica», en BROS R.-FITZMYER J.-MURPHY R. (eds) *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, Navarra 2004, 936-937.

²⁶ Cf. Mt 28, 1-8; Mc 16, 1-8; Jn 19, 1-29; 20, 1-10; 21, 1-18.

La distancia entre las dos poblaciones, Jerusalén y Emaús, hace pensar en un camino de búsqueda, de reflexión, de conversión. Y encontrar una morada para acomodarse y compartir más allá de lo material, los propósitos, las metas, los objetivos, las esperanzas: se hace necesario encontrarse, *salir* para regresar y donarse.

14 y (los discípulos) conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado: los discípulos ponen en común sus vidas, lo esperado y creído. Así es la vida del consagrado, no está solo, vive su fe en medio de la comunidad, y su vida es puesta a prueba muchas veces. Las diversas situaciones de confrontación no lo dejan nunca indiferente. Todo se convierte en ocasión de mediación y reflexión, de diálogo fraterno y encuentro.

Es la vida misma la que se lleva a la comunidad: la vida se interroga y busca tener sentido.

Conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado, discutían entre sí: vivir en comunidad no es fácil. La fraternidad religiosa se ve más como un camino, que un punto de partida. La comunidad es siempre imperfecta, conformada por personas que cada día buscan aprender, comulgando con Cristo, para ser más hermanos.

Aquellos religiosos, mirando la realidad y conociéndola la interrogan a la luz del Misterio Pascual de Cristo, logran celebrar el Misterio con fidelidad, con sentido de comunidad, van creciendo precisamente en su misma esencia de vida común y fraterna.

Las celebraciones litúrgicas y sus actividades diarias de apostolado o de oración, se convierten en un ritmo normal y consecuente con el estilo de vida y son un estímulo continuo para su crecimiento en la fe, como personas, como cristianos y como comunidad de consagrados. Faltar a una celebración común es, en mayor o menor escala, faltar a la misma comunidad.

Por Dios y el evangelio, para vivir en fraternidad se ha dejado casa y familia y la vida misma se ha hecho ofrenda a Dios y a la Iglesia. Se supone que los que viven en común forman, a pesar de las tensiones y diferencias que existen, una comunidad. O sea, un grupo de cristianos que quieren ser comunidad, que viven en actitud de apertura a los demás.

La instrucción *Caminar desde Cristo* afirma:

No se puede celebrar el sacramento de la unidad permaneciendo indiferentes los unos con los otros. Se debe, por tanto, tener presente que estas condiciones esenciales son también fruto y signo de una eucaristía bien celebrada. Porque es sobre todo en la comunión con Jesús eucaristía

donde nosotros alcanzamos la capacidad de amar y de perdonar. Además, cada celebración debe convertirse en la ocasión para renovar el compromiso de dar la vida los unos por los otros, en la acogida y en el servicio²⁷.

El rito de paz, en la misa, antes de la comunión con Cristo, viene hacer signo que posee el sacramento. El comulgar juntos, o el intercambiar un signo de paz, no resuelve automáticamente los problemas y tensiones, pero sí da pauta, el punto de apoyo y la fuerza para vivir en una actitud de entrega y apertura a los demás, siempre y cuando se entienda lo celebrado en liturgia. La eucaristía no es sólo comunión con el mismo Cristo, sino también con los hermanos, en actitud progresiva de servicio y fraternidad.

15 Mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó a ellos y camino a su lado: el evangelista utiliza dos verbos: en castellano, conversar y discutir tienen sentidos casi contrarios. Conversar es hacer comunión. La discusión es el arte de divergir, de alegar razones contra el parecer de alguien. En la vida religiosa que dedica tanta energía para la comunión, también se dan discrepancias. El *con* y el *dis* atraviesan constantemente la vida de los consagrados.

La pedagogía de Jesús no se impone, sino que Él se acerca y camina: acompaña a quienes se preguntan por Él. Se acerca a quienes han tenido la valentía de moverse, de salir de sí mismos para coronar una esperanza. Acercarse y caminar junto a quien lo escucha y quien lo come: esta es la didáctica de Jesús en cualquier historia de vocación. La actitud pedagógica de Jesús, encargado de novicios, es *meterse* allí donde van los discípulos. Esta situación recuerda el papel del acompañante o formador, de hacer camino junto con los formandos. El responsable de la formación, como Jesús, se *acerca* a la historia para escuchar a fondo, comprender, compartir e iluminar desde la misma obra de Dios los acontecimientos aparentemente inconexos, trágicos o simplemente sin sentido, situaciones capaces de entristecer.

Un itinerario de fe no siempre conduce directamente a una experiencia sacramental. El camino del creyente, del bautizado, del consagrado es progresivo para participar plenamente de las gracias del seguimiento. El discípulo necesitar ser acompañado para comprender los signos de la Pascua. Es una opción, no siempre fácil; pero quien ha optado por hacer el camino de perfección, debe encontrar el modo de recorrerlo como quien siente la necesidad de salir de la propia tierra y saber que le esperan otras realidades nuevas.

Aquí se inserta la lógica de los itinerarios diversificados: la actitud espiritual es imprescindible dada la diversidad de carismas, según los tiempos, los lugares y las

²⁷ Cd C n. 26.

circunstancias en los cuales el Señor suscita la llamada. En la comunión se es diverso, tan disímil y aun así se busca y se sirve al mismo Señor.

16 pero sus ojos estaban como incapacitados para reconocerle: el camino de fe siempre es en la penumbra; reconocer al Salvador implica, de una parte, entrar en la lógica de los símbolos de la antigua y de la nueva alianza y, de otra, aceptar el caminar en la fe: *creer contra toda esperanza*²⁸.

Reconocer los símbolos de la presencia del Salvador en la comunidad cristiana implica entrar en la lógica de aquel lenguaje cultural bíblico, aunque si bien la incapacidad puede ser determinada a partir de otras variantes según la personalidad de cada uno. ¿Qué impide hoy reconocer a Jesús?

17ª Él les dijo: «¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando?»: ¿Qué se discute mientras se va de camino? La propuesta de un carisma, de un estilo de vida, hace unir a un grupo de bautizados quienes, dejándolo todo, prolongan y actualizan las iniciativas divinas.

Se discute y se va caminando para evidenciar como *siervos, esclavos, operarios*, bien la misericordia, la caridad, la pasión, la redención, la obra de salvación en un medio, en ocasiones, adverso, lleno de malas noticias y de fracasos humanos.

17b Ellos se pararon con aire entristecido: las vivencias interiores se manifiestan, se hacen visibles a los otros: los discípulos se *pararon con aire entristecido*. La existencia al ser confrontada, genera movimiento, conmoción.

El interrogante creado por el que acompaña, infunde en aquellos peregrinos, el recuento de una *historia de vida* involucrando la experiencia de tantos: *algunas mujeres y de alguno de los nuestros*.

Lo sucedido se proclama: *lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo*, se evoca su condena a muerte, su crucifixión y sepultura, confiesan que tenían las esperanzas puestas en Él y saben que no está en la tumba, *que él vive pero no lo han visto* (Cf. vv 18-24).

Lo sucedido en Jesús, ha generado moción. Conociendo los hechos y viviéndolos como co-protagonistas, les falta reconocer la plena actuación de Jesús como Señor, la Resurrección. Lo de Jesús involucra una historia rica de obras, de varones y mujeres y todo esto hace parte de esa construcción.

25 Él les dijo: «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas!»: en el camino de la vida espiritual, se puede encontrar en la etapa de los dos discípulos entristecidos: saber de Jesús y de sus obras pero no

²⁸ Cf. Hbr 11, 1-40.

abrazar plenamente el anuncio de la Resurrección. Es necesario entrar en la dinámica de la Palabra explicada, llevada a la acción celebrada, para comprender la vivencia plena del seguimiento.

Sólo quien lee la obra de Jesús y la acepta alcanza a comprender las maravillas obradas por él en cada uno. La vida de los insensatos y tardos discípulos ha estado privada de cualquier parámetro, cuya adquisición hubiera permitido obtener una lectura más unitaria de la entera búsqueda.

26-27 ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?» Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras: Estos versículos incluyen una liturgia de la Palabra incluso una homilía, un diálogo capaz de actualizar e interpretar los hechos.

La Escritura habla de Cristo, del Mesías sufriente quien entra en la gloria. En la perspectiva de los discípulos no estaba claro el sufrimiento y menos la muerte, a pesar de los anuncios hechos por el mismo Jesús²⁹. Siendo judíos deben conocer las Escrituras, su fe no les alcanzó para descubrir en ellas *lo que había sobre él*. Se trata de creer en las Escrituras las cuales hablan del Mesías sufriente.

La experiencia religiosa antes de ser condensada y expresada en un momento ritual, pasa por la Palabra anunciada y expuesta para generar la fe. Hay una historia de salvación: *empezando por Moisés y continuando por todos los profetas* se llega a Jesús, plenitud de la revelación, historia simbolizada luego en *la fracción del pan*; esta narración provoca maravillas.

En la vida del consagrado, debe existir el tiempo de celebrar reposada y pausadamente la Palabra. Privilegio propio del tiempo dedicado a los asuntos del espíritu. No basta con leer y escuchar dicha Palabra, sino acogerla y celebrarla. Es mirarse continuamente al espejo de Cristo y de su Evangelio y ofrecer un ritmo a la vida de seguimiento a la luz de su Palabra. Escuchar con disposición la Palabra para ser sabios y no ser, a los ojos de Jesús, *insensatos y tardos de corazón*.

La actual riqueza de los leccionarios, tanto dominicales como feriales, abre toda la riqueza de la historia de salvación. La Palabra de Dios educa, corrige, invita a decir *amén* a la voluntad de Dios, hace *comulgar*, ya antes de la eucaristía, con Cristo-Palabra de Dios.

²⁹ Cf. Lc 9,22; 9, 43b-45; 12, 49-50; 13, 34-35; 20, 9-18.

La oportunidad de estudiar la Palabra como exégesis o el espacio para la *lectio divina*³⁰, su proclamación digna, la presentación de las lecturas, la homilía dominical o diaria breve e interpelante y la acogida meditativa de la Palabra, pone a los oyentes en el mejor camino de crecimiento continuo en la vida cristiana y en la propia vocación.

Estar en sintonía con el ciclo dominical o acrecentar la conciente lectura continuada semanal de los textos durante la celebración, da un ritmo privilegiado para entender, vivir y celebrar.

28-29 Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le forzaron diciéndole: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado». Y entró a quedarse con ellos: cuando la experiencia es fuerte en el seguimiento, se crea posteriores esperas y surge la necesidad de colmar las más diversas formas de desanimo, de cansancio, en espera de luz.

El encuentro tiene lugar al caer la tarde. Esta alusión al momento del día evoca el contraste luz-tinieblas, imagen frecuente para referirse a la confrontación entre las vacilaciones y la fe. A pesar de caminar con la luz, la noche llega y no permite reconocer al Señor quien ha llamado.

En el corazón del consagrado debe haber siempre sitio para la hospitalidad. Debe conservar la actitud siempre abierta para acoger al peregrino. La hospitalidad ofrecida y aceptada se vive en el mundo de la formación de manera evidente en la fraternidad hodierna, en las comidas cotidianas, en las actividades comunes, en las iniciativas propias para hacer los proyectos de la comunidad.

Ante la petición, Jesús entra, y se queda. Como acontece hoy en toda acción litúrgica, el encuentro genera una súplica. El encuentro con quien es la Palabra, lleva a demandarle algo. La acción litúrgica se mueve entre la petición y el asombro. La vida de gracia es puro don que añoras. La constancia para vivir los consejos evangélicos se pide al Padre, por el Hijo, en el Espíritu Santo. La Iglesia, en la liturgia, pide al Padre que su Espíritu venga sobre los signos litúrgicos o tome posesión de las personas. Se le suplica -*quédate con nosotros*-, y Él acepta: misterio sublime.

³⁰ «La *lectio divina* ha sido tenida en la más alta estima desde el nacimiento de los Institutos de vida consagrada, y de manera particular en el monacato. Gracias a ella, la Palabra de Dios llega a la vida, sobre la cual proyecta la luz de la sabiduría que es don del Espíritu. Aun cuando toda la Sagrada Escritura sea «útil para enseñar» (2 Tm 3, 16) y «fuente límpida y perenne de vida espiritual», una particular veneración merecen los escritos del Nuevo Testamento, sobre todo los Evangelios, que son «el corazón de todas las Escrituras». Será, pues, de gran ayuda para las personas consagradas la meditación asidua de los textos evangélicos y de los demás escritos neotestamentarios, que ilustran las palabras y los ejemplos de Cristo y de la Virgen María, y la apostólica *vivendi forma*» (VC n. 94).

30 Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando: los gestos son casi los mismos de la última cena: *Tomó luego pan, y dadas las gracias* [pronunció la bendición], *lo partió y se lo dio diciendo: «Éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío»*³¹.

El anuncio y la profundización de la Palabra, se unen en el compartir de vida, y toda ella se abre a una experiencia sacramental: *tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando*. Se desarrolla a cabo toda una liturgia eucarística como experiencia ritual: ofrendas, acción de gracias, fracción del pan y comunión; en el doble movimiento se recoge igualmente una liturgia personal: una vida ofrecida, una vida convertida en acción de gracias, una vida partida, donada para un mundo mejor, una vida en comunión para que el mundo crea. ¿No es precisamente la vida consagrada: seguimiento de la Palabra, vida de fraternidad, comunión con Cristo entregado, opción de servicio apostólico dentro de la comunidad eclesial de vida evangélica más intensa y radical? La vida consagrada es ofrenda y acción de gracias.

31a Entonces se les abrieron los ojos: el descubrimiento viene al final, no es inmediato. En la tensión de la experiencia sacramental se coloca en la cumbre del camino, cuando por la fuerza del dinamismo sacramental, se *abren los ojos* de la fe y se reconoce los propios hilos de la historia de vida.

Lo esencial es invisible a los ojos decía un autor francés³²: por la fe Abraham creyó y por la fe todos los hombres del Antiguo Testamento esperaron, por la fe los discípulos pudieron ver muchas cosas. En la hora de la Iglesia, quien entra en intimidad con Jesús puede alcanzar la visión de los que son sus amigos.

31b y le reconocieron, pero él desapareció de su lado: del cumplimiento del Misterio Pascual en adelante, hasta el retorno último del Señor en la gloria, la experiencia de reconocer hoy al Señor acontece generalmente a través de los símbolos: los sacramentales, y en particular la eucaristía, constituyen el vértice de la experiencia religiosa; aquí los ojos continúan abriéndose – y se hace signo de la liberación- por leer la presencia del Resucitado en la propia historia de vida y en aquella de los otros, se hace signo de la alianza.

32 Se dijeron uno a otro: «¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?»: una experiencia sacramental cuando es verdadera no deja indiferente al creyente. El consagrado sabe lo difícil de mantenerse en el espíritu de la alegría y lograr estados de contemplación y felicidad, pero la eucaristía garantiza

³¹ Cf. Lc 22, 19-20.

³² DE SAINT EXUPÉRY A. *El Principito*, Barcelona 1997, 69.

sacramentalmente la certeza de saber que el maestro habla y se hace realmente presente: *Él mismo nos explica las Escrituras y parte para nosotros el pan*³³. Hay una manera de reconocerlo: en las Escrituras, pues hablan de él, y en la fracción del pan. Estas dos realidades pueden ser ámbito del reconocimiento sólo desde la fe, aquella misma fe que Jesús hace suscitar en los discípulos mientras camina con ellos, les habla y parte para ellos el pan. Jesús esta invisible pero no ausente.

33-34 Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían: «¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!»: Una experiencia religiosa fuerte no se cierra nunca en sí misma, al contrario se abre a los otros, se vuelve contagiosa, tanto que se puede retomar el camino aunque se hace tarde.

Una experiencia religiosa puede ser realizada en cualquier condición y circunstancia; pero cuando es verdadera, ella conduce siempre hacia aquella Jerusalén mística y realmente simbolizada en el contexto religioso, parroquial, diocesano, allí donde se concretizan los símbolos de la presencia prolongada de los Once y se realiza el encuentro con los otros: tras haber reconocido al Señor, *se levantaron al momento* para ir a comunicar lo visto y oído. Cuando se ha tenido verdadera experiencia del Resucitado, alimentándose de su cuerpo y de su sangre, no se puede guardar la alegría sólo para uno mismo. El encuentro con Cristo, profundizado continuamente en la intimidad eucarística, suscita en la Iglesia y en cada cristiano la exigencia de evangelizar y dar testimonio. «La despedida al finalizar la Misa es como una consigna que impulsa al cristiano a comprometerse en la propagación del Evangelio y en la animación cristiana de la sociedad»³⁴.

35a Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino: de peregrinos desilusionados con aire entristecido, pasan a anunciadores y testigos. Entender la Palabra y partir el pan les permite convertirse en narradores de la experiencia que se hace deseada por todos de la experiencia *litúrgica* para el servicio de la evangelización, la catequesis, la atención a los pobres, los abandonados, los huérfanos y para quienes esperan la salvación.

Después de participar en la Misa, se insiste con frecuencia, en el deber de todo fiel, de ser solícito en hacer obras buenas, agradables a Dios; vivir rectamente la propia vocación; practicar lo aprendido y crecer en el servicio; trabajando por impregnar el mundo del espíritu cristiano y, como testigo de Cristo en toda circunstancia y en el corazón mismo de la convivencia cristiana³⁵.

³³ *Plegaria por varias necesidades*, en MR.

³⁴ MND n. 24.

³⁵ Cf. PABLO VI, Carta Encíclica *Mysterium fidei*, del 3 de septiembre de 1965, n. 13.

Cada uno de los miembros de la comunidad de vida consagrada asume la tarea de la evangelización conforme a su propia vocación: integrantes de los Institutos de vida apostólica, los monjes y monjas de los monasterios, los miembros de Institutos seculares, las vírgenes consagradas y los eremitas. Porque cada uno ha entregado su vida a la oración y adoración (sobre todo los de clausura), todos participan y colaboran en la tarea evangelizadora, a su manera y desde sus medios, con su silencio y ejemplo, con su entrega radical y su apuesta elocuente por los valores eternos, con su práctica de oración personal y comunitaria.

35b y cómo le habían conocido en la fracción del pan: el relato concluye haciendo referencia explícita a la eucaristía indicada con uno de los términos técnicos del Nuevo Testamento³⁶. Explica el Papa Juan Pablo II:

Una vez que las mentes están iluminadas y los corazones enfervorizados, los signos «hablan». La eucaristía se desarrolla por entero en el contexto dinámico de signos que llevan consigo un mensaje denso y luminoso. A través de los signos, el misterio se abre de alguna manera a los ojos del creyente³⁷.

El consagrado, quien ha caminado largos años en comunidad fraterna y en comunidad de apostolado, que ha dedicado lo mejor de su vida a seguir a Jesús en el empeño de ser más cristiano, puede en determinadas ocasiones, sentir disminuido los ideales y esperanzas por las que se ha abrazado la vida religiosa: diversas situaciones pueden menguan el entusiasmo de la primera hora de seguimiento.

Una lectura pausada y contemplativa del relato de los peregrinos de Emaús puede despertar en el consagrado por la profesión religiosa, una adhesión confiada y un estímulo para participar en la doble mesa de la Palabra y de la eucaristía, lugar del que parte y llega todo seguimiento y opción de vida. El consagrado está continuamente invitado a encontrar a Jesús, y contemplarlo de modo especial en la *eucaristía*, celebrada y adorada cada día, como fuente y culmen de la existencia y de la acción apostólica³⁸.

3. CONSIDERACIONES FINALES

El punto de partida de la reflexión contenía la pregunta: ¿Qué otorga la eucaristía a la vida del consagrado? ¿qué debe significar para el religioso, con relación al fiel laico, la celebración de la eucaristía?

³⁶ La expresión *fracción del pan* hace pensar en al eucaristía, v. 30, Lc 22, 19; Hch 2, 42, 46; 20 7; 27, 35 (n.ta Lc 24, 35, Biblia de Jerusalén).

³⁷ MND n. 14.

³⁸ JUAN PABLO II, *Homilía* (2 de febrero de 2001): *I'Osservatore Roman.*, 4 de febrero de 2001.

Por la eucaristía, el consagrado y aun todo cristiano, entra en un lenguaje de cristificación, de deificación y de unidad. Esto debe ser lo que ha de entender el hombre que encuentra en su camino el signo de la vida religiosa. Expresa e inicia su vida influida por la alianza bautismal y trata de ser la vida misma eucaristía, porque no es sólo celebrada sino también vivida.

Si toda comunidad cristiana ha de encontrar su momento fundamental y constitutivo en la eucaristía, habrá que afirmar esto mismo, expresivamente intensificado, respecto en quienes, profesando los consejos evangélicos, viven una vida común.

La eucaristía de la comunidad religiosa, como toda su vida, no sólo debe ser vivida dentro, como un momento ciertamente esencial, de su propia vida, sino también, porque es signo, hacia fuera, hacia la comunidad humana y cristiana. Su vida toda es una vida referida -en este sentido, enviada, misionera- hacia los demás.

El carácter intensivo de la vida consagrada exigirá una vivencia acentuada de las experiencias cristianas, matrices de la fraternidad:

- La experiencia personal y plural de la paternidad divina;
- La conciencia de la estrecha vinculación a Jesús por el sacrificio de su vida por los seres humanos; y
- La comunión en un mismo Espíritu.

Esta compleja vivencia dentro de la vida religiosa, considerada como signo del Reino de los cielos, debe traducirse en una experiencia de fraternidad nueva, universal, capaz de significar la fraternidad última de los hijos de Dios. Y esa fraternidad debe expresarse en una nueva comunidad de vida, comunidad de los hijos de Dios, nacida de la revelación de Dios Padre nuestro; comunidad de oración, participación en el sacrificio e intercesión universal de Jesús por todos los hombres; comunidad de misión apostólica salvadora, al participar en la comunión de un mismo Espíritu. Comunidad de hermanos, que viven y se dan al servicio de los otros.

Para el consagrado, la celebración de la eucaristía reclama una celebración coherente con el estilo de vida abrazado, una celebración que *exprese* y *alimente* los valores de la vida en común.

La eucaristía ha de ser fuente y ritmo principal del crecimiento espiritual para que los consagrados reaviven sacramentalmente los lazos de su fraternidad; escuchen la Palabra y se dejen interpelar por ella, sintonicen progresivamente con el Misterio Pascual de Cristo, con el cual comulgan en la eucaristía y donde renuevan su compromiso de servicio y de *misión* de cara al mundo.

Si bien, «ninguna comunidad cristiana se edifica si no tiene su raíz y quicio en la celebración de la eucaristía»³⁹, esto se cumple de modo privilegiado en la comunidad de los consagrados.

Hay una relación estrecha entre eucaristía y fraternidad. Unos religiosos que viven unidos su consagración y su apostolado, encuentran en la eucaristía la mejor expresión de su género de vida: celebrar en común, experimentar la cercanía de Dios y la fuerza de su Palabra, comer juntos el Cuerpo y beber del mismo cáliz la Sangre del Señor.

¿No es la eucaristía una participación en la mesa común del Señor, tanto de la Palabra como de su Cuerpo y Sangre? ¿no es comunión con el Señor quien se entrega a todos por igual? Esto tiene consecuencias evidentes en la gradual y dinámica maduración de una comunidad.

Otro nivel de coherencia entre la vida religiosa y la celebración repetida de la eucaristía es el de su aspecto sacrificial: en la misa se celebra el memorial de la muerte salvadora de Cristo. Cristo ha querido hacernos partícipes, en este sacramento, de su entrega sacrificial en la cruz. El Cristo a quien comemos es el Cristo entregado, el Siervo sacrificado por todos. Comulgar con él significa, por tanto, aceptar en nuestra vida su misma actitud de total entrega.

¿No es acaso la vida religiosa una ofrenda, una entrega total, una renuncia a determinados valores para un seguimiento más expresivo del estilo de vida de Cristo? Quien celebra la eucaristía es invitado continuamente a ofrecer su propia vida como solidaridad con el sacrificio pascual de Cristo. Los votos de castidad, pobreza y obediencia son una expresión vital, a lo largo de la jornada, de lo celebrado sacramentalmente en la eucaristía. La eucaristía no sólo es signo eficaz de la entrega de Cristo en la cruz, es también un signo, un sacramento de la ofrenda personal de cada día. Con ello no se *añade* nada al valor de su sacrificio, pero nos unimos a él, tratamos de sintonizar con él:

La eucaristía ocupa el centro de la vida consagrada, personal y comunitaria. Ella es viático cotidiano y fuente de la espiritualidad de cada Instituto. En ella cada consagrado está llamado a vivir el misterio pascual de Cristo, uniéndose a Él en el ofrecimiento de la propia vida al Padre mediante el Espíritu⁴⁰.

³⁹ CONCILIO VATICANO. II, decreto *Presbyterorum Ordinis* sobre el ministerio y la vida de los presbíteros, del 7 de diciembre de 1965, n. 6.

⁴⁰ VC n. 95.

Finalmente, de las *sugerencias y propuestas* que publicó la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, se pueden extraer algunos apartes que sirven como retos y tareas para la comunidad religiosa⁴¹:

- Cada regla y constitución prescribe o recomienda la misa cotidiana y la devoción eucarística. Es oportuno programar tiempos de reflexión y de revisión:
 - sobre la calidad de la celebración eucarística en comunidad;
 - sobre la fidelidad a las normas litúrgicas;
 - sobre la herencia eucarística de la tradición del propio Instituto como también sobre la situación presente;
 - sobre la devoción eucarística personal.
- Es importante redescubrir en la vida y en los escritos de los propios fundadores-fundadoras la piedad eucarística practicada y enseñada por ellos.
- Cada religioso está invitado a preguntarse y responder: ¿qué testimonio de vida ofrece en su lugar de apostolado (parroquia, hospital, enfermería, institución educativa y escolástica, penitenciaria, centro de espiritualidad, asilo, santuario, monasterio)?
- Verificar si se sigue la orientación dada por el Magisterio en repetidas ocasiones acerca de participar en la misa dominical en la parroquia y de adaptarse bien en la pastoral de la Iglesia diocesana donde viven su carisma.
- Buscar incrementar desde el propio carisma y circunstancia las horas de adoración al Santísimo Sacramento⁴².

En la carta de convocatoria del año de la eucaristía, el Papa Juan Pablo II, exhorta a la vida religiosa para la vivencia de este tiempo particular:

Vosotros, consagrados y consagradas, llamados por vuestra propia consagración a una contemplación más prolongada, recordad que Jesús en el Sagrario espera teneros a su lado para rociar vuestros corazones con esa íntima experiencia de su amistad, la única que puede dar sentido y plenitud a vuestra vida⁴³.

⁴¹ Cf. CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO Y LA DISCIPLINA DE LOS SACRAMENTOS, *año de la eucaristía, sugerencias y propuestas*, del 15 de octubre del 2004, n. 37.

⁴² Cf. MND n. 18.

⁴³ MND n. 30.